

**Martes I del TO**  
**Ciclo B**



9 de enero de 2024

1Sm 1, 9-20

1Sam 2

Mc 1, 21-28

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Encontramos en la Primera Lectura el episodio inicial del nacimiento del profeta Samuel. Estamos en el siglo XI a.C. Su madre, Ana, estéril y abochornada por la pena y la humillación de no poder tener hijos, porque esta condición, se creía, era fruto de algún pecado cometido y, por tanto, era castigo de Dios, se dirige al templo para desahogarse ante el Señor. Los hebreos para decir «desahogarse» no pronuncian esta palabra, en realidad dicen «derramar el alma»<sup>1</sup>; por tanto, ahora Ana le dice al sacerdote Elí, que creía que ella estaba bebida, «no, señor, no estoy bebida, estoy derramando mi alma ante el Señor»; es decir, «no estoy derramando vino, lo que se está derramando aquí es mi alma»

Y es que Dios siempre escucha una oración en la que el alma se derrama, es decir, se esparce, se pone toda delante de Él. Cuando hablamos de que hemos derramado un vaso de agua sobre el piso, por ejemplo, estamos queriendo decir que toda ella se ha vertido y que no ha quedado nada dentro del recipiente. Esa es la característica de una oración pura que siempre será atendida por el Señor. Yo estoy convencido de que los milagros se producen cuando se nos da la gracia de poder desparramarnos completamente ante el Señor, cuando se llega al fondo de nuestro yo y se pone delante de Él, sin condiciones ni preferencias. Cuando no se producen los milagros es porque somos nosotros los que no hemos sabido derramarnos completamente desde nuestro fondo y hemos interpuesto algún filtro que ha hecho que parte de nuestro contenido se quede para nosotros, sin ponerlo en juego.

Al año siguiente, Ana volverá con el niño recién nacido para cumplir su promesa.

En el Evangelio, el evangelista introduce una paradoja: en la “presunta casa de Dios” no habita un espíritu *santo* sino un espíritu *inmundo*, del que no sale la Palabra, sino gritos. Lo inmundo es incompatible con lo sagrado o lo santo. Los dos poderes están frente a frente. Ese espíritu inmundo ha poseído a un hombre, se ha adueñado de un hombre...; es decir: ha deshumanizado a un hombre. Que esto ocurra precisamente (como dice el texto) en la sinagoga, tiene un sentido profundo: en la sinagoga el hombre no encuentra la buena noticia de la libertad que da el Espíritu de Dios sino la mala noticia de la atadura/del sometimiento. Las viejas instituciones de Israel (la sinagoga) han perdido su sentido, se han convertido en un sistema de dominio que postra al hombre, se han alejado del Espíritu de Dios (están habitadas por espíritu «inmundo»). Pero Jesús en su atrevimiento divino va a hacer presente el Espíritu liberador de Dios. Él no da explicaciones, da órdenes que los rivales tienen que cumplir sí o sí.

---

<sup>1</sup> Cfr. LUÍS ALONSO SHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Edición de Estudio T.Ib. Historia*. Ed. Verbo Divino. 1993

El espíritu llama a Jesús "nazareno" y "El Santo de Dios", pero Jesús nos acepta para sí esos términos porque son propios de una tradición judía excluyente y nacionalista. Por eso Jesús le ordena inmediatamente: «*Cállate y sal de él.*». Y agitándole violentamente el espíritu inmundo, salió de él. Jesús actúa con la autoridad de Dios. Y lo primero que ordena al demonio es «*cállate*». ¿Qué se ordena callar?: la proclamación de Jesús como Mesías nacionalista triunfador («*nazareno... eres el Santo de Dios*»). En el Evangelio todos los que manifiestan eso (ya sean demonios, la gente o los discípulos) son conminados por Jesús a callar, a no proclamarlo ni decirlo a nadie (a eso se le llama «**el secreto mesiánico**»): el mesianismo de Jesús no irá por el camino del triunfo y del poder sino por el de la entrega y la donación hasta la cruz. Y eso queda patente desde el principio del evangelio.

La segunda orden de Jesús es «*sal de ese hombre*»: la voluntad de Dios es levantar a los postrados (la siguiente escena será en el ámbito doméstico, donde la suegra de Simón está postrada). Aquí, Jesús «desata» de las ataduras de un sistema socio-religioso que fanatiza, aliena y oprime al hombre (eso que «*tira por tierra*» al hombre). Dios no es ni quiere eso.